

1¾ « &) T X X \ ] ]  
EPSONEX ^ @ nêĐ Y X [ μ

El solitario jugador de bolos

The Economist, febrero 18, 1995

"Los norteamericanos de cualquier edad, condiciñ y temperamento forman asociaciones constantemente", escribiç Alexis de Tocqueville en 1840, que percib; a esta tendencia como el puntal de la democracia norteamericana.

Estas asociaciones son de diversas formas y tamaños, se alaba:

"(...religiosas, morales, serias, fr;volas, generales o restringidas, enormes o diminutas... Si a la cabeza de una nueva empresa est n, en Francia, el gobierno, y en Inglaterra, una figura pfblica, en los Estados Unidos estar , seguramente, una asociaciñ."

Sin embargo, en los fltimos tiempos, se aprecia cierta angustia en los altos niveles. Se dice que la costumbre de formar asociaciones, la sustancia que compone la "sociedad civil", parece sufrir de erosiñ. Los norteamericanos tienen razones para preocuparse, si esto fuera as;. Pero lo es?

"La red de asociaciones voluntarias en Norteam,rica parece estar muriendo como peces que flotan en la superficie de un r;jo contaminado", dijo el siempre reflexivo senador Bill Bradley pfblicamente en Washington la pasada semana. Su discurso fue pronunciado casi inmediatamente despu,s de la publicaciñ de "La revuelta de las elites y la traiciñ a la democracia", de Christopher Lasch (publicado por Norton), quien fuera historiador en la Universidad de Rochester hasta su muerte el a;o pasado. Lasch se lamenta por el deterioro de la ,tica de la responsabilidad civil y culpa de ello a las nuevas y mfviles elites.

Pero el trabajo que ha merecido mayor atenciñ es el de Robert Putnam, profesor de la Universidad de Harvard, a quien el presidente presta o;dos. El ensayo de Putnam titulado "Jugar solo a los bolos: el decadente capital social norteamericano", publicado en el Journal of Democracy el mes pasado, se ha convertido en material de lectura obligado en la Casa Blanca. El t;tulo se refiere a lo que Putnam llama la prueba m s singular y al propio tiempo m s desconcertante de decrecimiento en el capital social: la cantidad de jugadores de bolos aumentç en un 10% entre 1980 y 1993, pero los juegos en equipo--que serv;an de escenario a la "interacciñ social e incluso a veces a las conversaciones ciudadanas acompaadas de cerveza y pizza"--se han reducido en un 40%. La gente va sola a las boleras.

Putnam tambi,n acompaa la presentaciñ de su caso con una impresionante colecciñ de ;ndices de mediciñ m s convencionales. La concurrencia de votantes cayç en casi un cuarto entre principios de la d,cada del 60 y 1990. La participaciñ en los servicios religiosos y en grupos asociados a las iglesias disminuyç en casi un sexto desde los a;os 60. La membres;a en los sindicatos ha menguado del 35% de la fuerza de trabajo no agr;cola en 1954 al 16% en la actualidad. M s de 12 millones de personas pertenec;an a las asociaciones de padres y maestros a principios de los 60; a principios de los 90, eran menos de 7 millones. Muchas menos personas se ofrecen voluntariamente para ayudar en organizaciones tales como los Boy Scouts y la Cruz Roja, o se incorporan a prestigiosos clubes fraternales como los Leones o los Elks. La lista continfa. Y Putnam, intern ndose en el peligroso territorio de la extrapolaciñ, advierte que una tasa igual de deterioro durante una generaciñ m s convertir a los Estados Unidos en un pa;s mediocre respecto a su sociedad civil.

Los grandes cambios de esta índole son apenas sorprendentes, teniendo en cuenta la magnitud de otros cambios sociales que han tenido lugar en ese período. Los dos ejemplos más evidentes son la televisión y las mujeres trabajadoras. En 1954, la familia promedio pasaba unas tres horas al día mirando televisión, mientras que en 1994 dedicaba más de siete horas a esa actividad. En 1960, el 19% de las mujeres casadas con hijos menores de 6 años trabajaban en la calle; para 1993, el 60% de ellas trabajaban en la calle. La administración Clinton acaba de informar que a finales del año pasado, la semana laboral en la industria manufacturera (42.2 horas en diciembre) había alcanzado el límite tope de la posguerra, y que las horas extra (4.8 horas) habían roto todos los récords. En tales circunstancias, ¿quién tiene tiempo que dedicarle a las asociaciones?

En realidad, sorprendentes cantidades de personas lo tienen. Según Independent Sector, una organización con sede en Washington que promueve el trabajo voluntario, en 1993, 89.2 millones de norteamericanos adultos--casi la mitad de la población adulta--estaba incorporada a algún tipo de actividad voluntaria durante 4.2 horas semanales como promedio. Y lo que es todavía más importante, hay fuertes señales de que los compromisos sociales de los norteamericanos, en vez de disminuir, tienden a incrementarse.

La imagen del "jugador de bolos solitario" es bonita pero imperfecta. Casi nadie juega bolos solo en realidad. Jugar a los bolos sigue siendo una actividad muy socializada, aunque se realice en equipos con menos frecuencia que antes. El aumento en las cantidades de jugadores de bolos puede considerarse, parafraseando a Putnam, como ganancia en capital social.

Tales procedimientos aplican exageradamente las otras pruebas suministradas por Putnam. Algunas de las organizaciones que menciona, como los Leones y los Elk, pueden estar simplemente pasadas de moda. Otras muestran renovado vigor. La membresía de las asociaciones de padres y maestros, por ejemplo, ha aumentado un 28% a partir de su baja en el período 1981-82; parece que más padres se están involucrando en ella, y hay más niños en los colegios. Los conteos demográficos también explican por qué los Boy Scouts están en alza. La membresía de los sindicatos aumentó por primera vez en 1993, después que cambió el método para realizar las encuestas cambió en 1983. La concurrencia de votantes a las urnas tanto en 1992 como en 1994, aunque preocupantemente baja según los estándares de la mayor parte de las democracias, fue sin embargo más alta que en otras elecciones semejantes en los últimos 20 años. Parte del atractivo de Ross Perot radicaba en que confería a las gentes un posibilidad de involucrarse que muchos pensaban se había perdido.

Están también las organizaciones religiosas, que probablemente son los foros más poderosos en el país para la asociación voluntaria, que muestran los mejores signos de decadencia. La cantidad de personas que dijeron haber ido a una iglesia o a una sinagoga durante la semana precedente a la encuesta se elevó entre mediados de los 50 y mediados de los 60, pero en líneas generales se ha mantenido alrededor del 40% desde 1939. Como señala Putnam (y como repite Clinton), Norteamérica tiene más templos per cápita que ningún otro país. Ahora tienen un nuevo mercado, a medida que quienes llevan a la práctica la explosión demográfica tienen niños, y anhelan comunidades con fuertes cimientos espirituales.

La respuesta a la ya demasiado evidente decadencia social norteamericana--el desamparo, el infortunio de las superpobladas secciones centrales de

las grandes ciudades, la violencia de las pandillas (indudablemente, una forma de avenencia criminal al estilo de Tocqueville), es un renovado inters en la "comunidad". Los norteamericanos muy bien pueden estar respondiendo de la misma forma en que siempre lo hicieron: formando asociaciones diligentemente, pero no el mismo tipo de asociaciones que sol;a existir. "Ser posible que, como tantas otras cosas, el negocio de las asociaciones est, sufriendo cambios, haci,ndose menor, menos corporativo y m s local?

Joel Korkin, del Centre for the New West, piensa que esto es exactamente lo que est ocurriendo en Los Angeles. Tiene pocos l;deres c;vicos, pero una enorme vitalidad en la base, donde la gente est diligentemente organizando instituciones que puedan sobrevivir en el caos". Las iglesias y las sinagogas est n fundando nuevas escuelas, las madres est n estableciendo redes de grupos conocidos como "Mami y yo", los padres est n llevando a sus hijos a los juegos de soccer.

El miedo al crimen es una fuerte motivaci;n. La cantidad de grupos de vigilancia anticriminal en los barrios se ha duplicado en los l;timos 10 a;os hasta llegar a 20 000, que abarcan alrededor de 17 millones de personas de acuerdo con los estimados de la National Association of Town Watch. El aumento de varias formas de asociaci;n comunitaria--diversas formas de urbanizaci;n que incluyen un conjunto de regulaciones locales con recaudaci;n de honorarios para su administraci;n--ha sido todav;a m s dram tico. Han aumentado de 10 000 en 1970, a un estimado de 150 000, que alojaban a m s de 30 millones de personas en 1991, seg;n el Community Associations Institute. Algunos deploran las regulaciones represivas de esos "gobiernos locales fantasmas", y ven su auge como una prueba deprimente de la creciente separaci;n clasista en los Estados Unidos. Pero ciertamente son un testimonio de la sostenida fortaleza del instinto de asociaci;n.

En cierta medida, este nuevo sentido comunitario traspasa las barreras ,tnicas y raciales. Heather McLeod, de "Who Cares", que informa sobre el trabajo voluntario, detecta "un verdadero resurgir de los servicios comunitarios entre la generaci;n m s joven que ahora tiene veintitico de a;os". El libro de Paul Loeb "Generation at the Crossroads", publicado en 1994 por la Rutgers University Press, informa que el activismo en las universidades est nuevamente en alza. "Por todas partes surgen ciudadanos que han decidido asumir responsabilidades" reitera Chris Gates, vicepresidente de la National Civic League de Denver, que intenta nutrir el capital social norteamericano. Tales activistas se refieren usualmente a una tendencia que se aleja de las asociaciones burocratizadas y se identifica con enfoques m s empresariales de los problemas locales, en virtud de la coasociaci;n entre los sectores privados, no lucrativos y p;blicos. Es dif;cil medir la magnitud de tal activismo debido a su alejamiento de las avenidas tradicionales. S;lo hay pruebas anecd;ticas suministradas por gentes como Bob Woodson, del National Centre for Neighborhood Enterprises de Washington. "Ha aumentado dram ticamente el nivel de actividad, en proporci;n con la gravedad del problema", dice. "Un fuego moral arde bajo la superficie de este pa;s". Estas son palabras que Tocqueville considerar;a quintaesencial y alentadoramente norteamericanas.

ÜÜÜ  
 ÜÜÜ  
 ÜÜÜ  
 f i ç \ Ñ \ P O à O O @ €  
 ÜÜÜÜÜÜÜÜ



à ! à n r n ' n "  
n ¾ n À n -  
n

à  
- n % n < n £ n ¥ n g n i n ÿ n - n

n ℰ#    n ž#    n 7'    n ũ    n ý-    n %)    n &)    n ' )    ýý

E 4-

$$\# \quad \mathbb{L} \left( \begin{array}{c} \vdots \\ \vdots \end{array} \right) \quad \mathbb{Z}^k \quad + \quad \backslash \quad \hat{A} \quad \hat{U}$$

~~~~~  
~~~~~ ! (

[illegible][illegible]